

EPISODIOS
DE LA REVOLUCION
ESPANOLA

FONDO ANTIGUO

A-3337

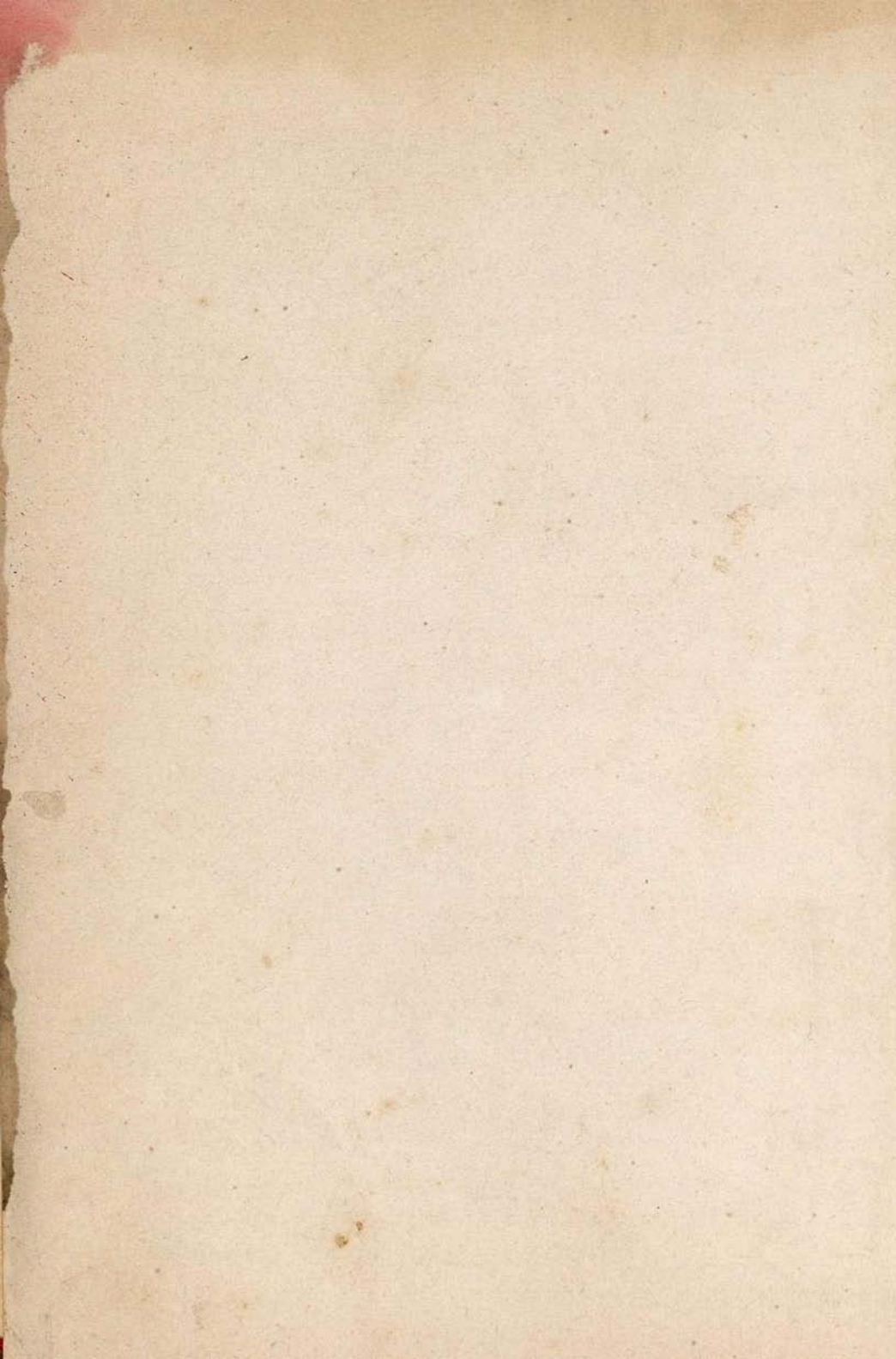
Bib. Regional



SXO

I-10

+



de propiedad
Queda hecho el depósito que
marca la ley

LA MINA DE FUEGO.

Imprenta de M. F. Mondragón y Cía. de San Juan, P.
capítulo 1.º de la ley de 1877.

Es propiedad.
Queda hecho el depósito que
marca la ley.

LA MINA DE PUEBLO

ROBLES Y COMPAÑIA, EDITORES

EPISODIOS DE LA REVOLUCIÓN ESPAÑOLA

IV

LA

MINA DE FUEGO

NOVELA ORIGINAL

DE

D. VICENTE MORENO DE LA TEJERA

EN PRENSA

— 5075 —

ADMINISTRACIÓN


Magdalena, 13

MADRID.

EPISODIOS


DE LA

REVOLUCIÓN ESPAÑOLA




TOMOS PUBLICADOS

- I. **La sangre de un héroe** (22 de Junio de 1866).
- II. **Los mártires del presidio.**
- III. **El juramento de muerte.**
- IV. **La mina de fuego.**



EN PRENSA



- V. **El llanto de sangre.**
- ADMINISTRACION
El establecimiento
MADRID

LA MINA DE FUEGO.

CAPÍTULO PRIMERO.

En el teatro de la Ópera.

Había comenzado la temporada en el teatro de la Opera, que hoy diríamos, pero que en el año 1867 se llamaba teatro Real.

Decíase que era grave y angustiosa la situación del país.

Nadie en el teatro Real lo hubiera conocido, á juzgar por el derroche de lujo y de dinero que allí se observaba.

Tal vez no hay coliseo en el mundo que ofrezca mayor solemnidad que nuestro soberbio teatro de la Plaza de Oriente.

Y no resulta sólo del grandioso aspecto del local, sino del lujo de la concurrencia.

El severo traje de etiqueta en los caballe-

ros, la profusión de joyas en las damas, el raso, el terciopelo, el buen gusto, y ese algo inexplicable de buen tono y de distinción, es lo que hace que el conjunto sea magnífico.

Por aquella época, nos referimos al año 1867, los palcos se veían llenos de hermosísimas mujeres, que lucían sus mórbidas formas... al desnudo.

¡Soberbio espectáculo para jovencuelos y para viejos verdes!

Expliquémonos.

La aristocracia ha procurado siempre imitar á los reyes en sus vicios y en sus virtudes.

Sabido es el cuento de un rey que tenía las narices muy largas, y á sus cortesanos todo se les volvía tirarse de las narices para aumentar su magnitud, porque era de buen tono ser narigudo.

Si un rey fuera jorobado, no habría cortesano que se atreviera á andar derecho.

Las reglas del servilismo son infalibles.

Pues bien; por la época de nuestra historia, la reina, que sin duda por estar muy gruesa no podía resistir mucha ropa, tenía la costumbre de presentarse en el teatro luciendo con el escote el alto pecho, y desnudos los brazos hasta el hombro.

Era preciso imitar á la reina.

Y las mujeres de buen tono se presentaban desnudas de la cintura arriba.

Había senos turgentes, brazos mórbidos, y eso sí, todos muy blancos á fuerza de albayalde.

Pero se veían también senos hundidos y huesudos, y brazos que más parecían palillos de tambor.

Para ocultar estas imperfecciones no hay untos posibles.

La tela que faltaba arriba en los vestidos, sobraba por la parte de abajo

En el magnífico vestíbulo, cada mujer necesitaba tres metros de espacio para lucir su cola.

Parecían pavos reales.

Pero en el salón no se apreciaba esto.

Por encima del antepecho de los palcos no asomaba más que el busto en su escandalosa desnudez.

Sobre esta desnudez las facetas de los brillantes relucían con fulgores y matices fantásticos.

En su conjunto semejaban tantos arcos iris como filas de palcos había.

Diríase que las damas iban envueltas en una aureola de luz.

Pero hay que confesar que el aspecto de la sala era majestuoso.

Allá en lo alto, en el paraíso, se veía una

nube densa, casi opaca, producida por la condensación de vapores; y entre aquella nube se divisaba confusamente un verdadero Océano de cabezas.

Los colores más claros de los vestidos de las señoras y jovencillas que allí concurren, venían á romper la monotonía de aquella negrura.

Aquel era el paraíso, el tribunal inapelable de los artistas.

De allí han salido las reputaciones, y de allí las muestras de desaprobación que han dado en tierra con muchas medianías que trataban de endiosarse.

Allí, en aquellas alturas, como en las alturas del espacio, entre aquella nube, se forma el trueno y estalla la tempestad.

Y las tempestades del paraíso eran temibles.

Eran temibles, no sólo para los artistas, sino para el gobierno.

Una noche se cantaba no recordamos qué ópera, y la reina se presentó en su palco ya comenzada la representación.

La orquesta suspendió la partitura para tocar la Marcha real.

El efecto que esto causó al público fué desastroso.

Y es lo cierto que extasiarse con una melodía de Bellini ó con una grandiosa armonía de

Meyerbeer, y oír que de pronto sus notas se truecan en la notas de la Marcha real, hace daño al oído.

El público del paraíso no se pudo contener y coreó la marcha con una silba estruendosa.

La policía cogió algunos presos, porque en tales casos preciso es que alguien pague los vidrios rotos.

Pero la autoridad dió orden á la orquesta de que en lo sucesivo, una vez comenzada la representación, no la interrumpiera para tocar la Marcha real.

Aquellos gobiernos despóticos, que nada respetaban, retrocedían ante una silba del paraíso.

Este hecho es histórico, y también lo es el que á continuación vamos á referir.

La noche en que da comienzo nuestra historia, se cantaba *Guillermo Tell*, por Tamberlik, y la Nantier, y un barítono llamado Bonné, que era á los barítonos lo que Tamberlik era á los tenores.

Resultaba un Guillermo sorprendente.

Pero había más.

Tamberlik tenía empeño en cantar *Los Puritanos*.

Y la autoridad se lo prohibió.

¿Por qué?

Porque es una ópera republicana.

Hasta punto tan ridículo llegaba la arbitrariedad.

No sabemos cómo consentía que se cantara *Guillermo Tell*, que es por lo menos una ópera revolucionaria.

Y Tamberlik desplegaba en *Guillermo* todo el entusiasmo que en *Puritanos* se le prohibía.

Más aún, y damos estos detalles para que se comprenda hasta dónde llegaba la ceguedad del necio despotismo.

Hay en *Guillermo* un recitado de tenor, al comenzar el magnífico terceto del segundo acto, cuyo recitado termina con estas frases:

«*Sul campo dell'onor
cercar la libertad.*»

Tamberlik aprovechaba este momento para electrizar al público con la magia de su voz y con la expresión sublime con que pronunciaba la frase "libertad."

Estallaba una tempestad de aplausos, de gritos entusiastas, de bravos...

Y el célebre tenor repetía el recitado.

Pues bien; la autoridad le dió orden de cantar esto á media voz.

Era la noche en que se había ordenado así.

El público lo sabía.

Y esperaba á Tamberlik en el segundo acto.

El teatro estaba lleno, resplandeciente de luz y de hermosura, y con tal exuberancia de vida y animación que nadie hubiera podido creer que el país estaba anémico.

La reina estaba en su palco, y según su costumbre, llevaba encima algunos millones en valiosísimas joyas.

Las damas de la aristocracia procuraban en lujo competir con su señora, aunque no lo conseguían.

Y esto nos recuerda el símil que hicimos en el primer capítulo de *El Juramento de muerte*.

Una fiesta espléndida y un pueblo que se muere de hambre.

Las damas de la aristocracia desnudas de medio cuerpo arriba, por caprichos de la moda.

El pueblo medio desnudo por obra de la miseria.

Pero volvamos al teatro.

Comenzó la sinfonía, esa concepción grandiosa de Rossini, esa epopeya musical.

El público la escuchó con religioso silencio.

Y al concluir rompió en un aplauso formidable.

La orquesta quiso repetir el *allegro*.

Y el paraíso pidió imperativamente que se repitiera toda la *overtura*.

El paraíso es un déspota también.

La desobediencia era imposible.

Se repitió toda la sinfonía.

Este detalle, nímio al parecer, indicó ya que el público estaba dispuesto á ser exigente.

Desde aquel momento no cesaron las muestras de aprobación ó desaprobación.

Había mucha electricidad acumulada en la nube.

El tenorino que cantó la barcarola (se llamaba Palermi) desafinó en la nota final y hubo siseos.

No pasó de ahí la cosa, por tratarse de un artista modesto, á quien el público apreciaba.

La tempestad estalló en aplausos al cantar Tamberlik su duo con el barítono, y al decir con el sentimiento, de que él sólo tenía el secreto, su frase:

¡Oh Matilde, ánima mía!

Terminó el primer acto sin otra novedad.

En el segundo conquistó aplausos la Nantier en su duo con el tenor.

Llegó el instante solemne, el instante que el público esperaba.

Queda el tenor (Arnoldo) solo en escena, y aparecen el bajo y el barítono.

Este (Guillermo Tell) comunica á su amigo Arnoldo que los enemigos de la patria han asesinado á su padre.

La situación no puede ser más dramática.

Del pecho de Arnolde salen al mismo tiempo ayes y gritos de rabia.

Aquí comienza el magistral terceto, la inspiración más sublime y patética de Rossini.

Y comienza con el recitado de que hemos hecho mención.

Diríase que el público no respiraba.

Estaba pendiente de la voz de Tamberlik.

Debía decir la frase,—*libertad*,—á media voz.

Y ya que el artista se dejara llevar de su entusiasmo, ya que no quisiera disgustar al público, ello fué que la tal frase salió de su garganta más poderosa, más vehemente, más vibrante que nunca.

Y entre el artista y el público se estableció una corriente de simpatía y de entusiasmo.

Los aplausos fueron atronadores.

El aspecto del teatro era imponente.

Y Tamberlik repitió el recitado.

La policía, porque había allí muchos centenares de polizontes, tuvo que tascar el freno, como vulgarmente se dice.

Después del terceto comienzan á entrar en escena los conjurados.

Guillermo Tell hace la presentación de su amigo Arnolde.

Y éste dice lo que ansía, con esta frase:

*La morte vendicar
d' il padre mio.*

Y al preguntarle cuál fué el crimen de su padre, contesta:

Il solo amor di patria.

¡Ah! ¡Había tantos en el público que también anhelaban vengar la muerte de seres queridos, víctimas de su amor á la patria!

Al terminar el acto, los conjurados dan al viento sus banderas, y todos gritan:

—“¡A las armas!”

Poco faltó para que el público aquella noche respondiera al grito.

Una y otra vez se levantó el telón.

El público del paraíso no se cansaba de aplaudir.

Parecía que el flamear de aquellas banderas anunciaba el fin de la tiranía.

En los detalles más pequeños se adivinaba el estado del espíritu público.

Senos olvidaba añadir que la reina no aplaudió y la aristocracia tampoco.

CAPÍTULO II.

El entreacto.

Al bajar la cortina por última vez ocurrió una cosa extraña.

Se advirtió en el paraíso un inusitado movimiento.

Y hubo gritos y protestas.

Era que los polizontes se empeñaban en llevar presos á algunos estudiantes.

Los estudiantes componían el núcleo principal y acaso el más levantisco de aquel público.

Y en aquella época el cuerpo estudiantil era liberal, demócrata, casi republicano.

Consecuencias del 10 de Abril.

¿A qué obedecían las prisiones en el paraíso?

A que en presencia de la reina estaba prohibido gritar.

No crean nuestros lectores que exajeramos. El autor de estas líneas estuvo á punto de ir preso por gritar,—bravo.

Pero sucedía que se arremolinaba la gente, que impedía el paso á los polizontes, y no pocas veces lograban escabullirse los detenidos.

Aquella noche, la policía, en su despecho, quería á todo trance y por cualquier motivo hacer prisiones.

Por entonces se dijo que el café Imperial era la antesala del Saladero.

Pero con mayor razón podía decirse del paraíso del teatro Real.

Era verdaderamente peligroso ir al paraíso.

Porque se hacían prisiones si se gritaba, si se silbaba; se prendía por todo.

Y como la policía acostumbraba á dar palo de ciego, no era extraño que fuera preso el que tranquilamente presenciaba la función sin intervenir en nada.

Continuemos nuestro relato.

Un joven, que desde su asiento del paraíso saboreaba la grandiosa armonía de la obra maestra de Rossini, al caer el telón por última vez, se cubrió la cabeza con su sombrero, sin calcular que esto pudiera constituir delito.

Pero enseguida sintió en su hombro un pequeño golpe, dado con un bastón.

Volvió la cabeza.

No conocía al que en aquella forma se insinuaba, y que era un hombre de facciones duras y aspecto poco simpático.

—¿Qué se le ofrece á usted?—preguntó Alfonso, pues él era el joven á quien nos referimos.

—Que se quite el sombrero,—contestó el hombre del bastón.

—¿Por qué?

—Porque yo lo mando.

Ya sabemos que el carácter de Alfonso era poco sufrido.

Y á este exabrupto contestó con una desvergüenza, que por demasiado naturalista no podemos reproducir.

—Está usted hablando con la autoridad,—exclamó en tono descompuesto el tío del bastón, llamémosle así, mostrando las borlas.

—Por ahí debió empezar,—dijo Alfonso.

—Pues ya que sabe con quién habla, vuelvo á decirle que se quite el sombrero.

—Y yo vuelvo á preguntar por qué.

—Porque está su majestad en su palco.

Así era verdad.

La reina no quiso retirarse de su palco en aquel intermedio.

Desde el paraíso no se veía de la regia

persona más que un brazo desnudo, muy grueso, redondo y colorado por encima del antepecho.

Y aun esto no muy claramente, porque el brazo por su color carmesí se confundía con el terciopelo que le servía de apoyo.

—¿Es indispensable que me descubra?—dijo Alfonso.

—Sí señor.

—Pues bien; estoy dispuesto á retirarme del teatro, y no á descubrirme.

—Se quitará usted el sombrero para llegar hasta la puerta.

El joven hizo un movimiento desdeñoso, volvió la espalda á su interlocutor y se dispuso á salir. De repente se sintió asido con fuerza por el cuello.

Alfonso, hombre de mucho vigor muscular, se sacudió violentamente, desprendiéndose de la mano que le oprimía, se volvió echando fuego por los ojos, y dió tan soberano bofetón al polizonte, que le hizo caer sobre un espectador.

Este rechazó el cuerpo que se le vino encima, y que fué á dar sobre otro que lo empujó á su vez.

Y de este modo, el aturdido y asendereado polizonte ó inspector ó lo que fuera, se convirtió en un pelele, con grande risa y chacota de los estudiantes.

Pero no quedó el asunto así.

Acudieron otros polizontes y algunos guardias.

Y se armó un escándalo mayúsculo.

Todos los concurrentes se pusieron en pie.

El público de palcos y butacas miraba también al paraíso.

La única persona que no se dignó mirar fue la reina.

Estaba entretenida mirando con sus gemelos á las butacas.

Y en las butacas había otra persona que clavaba sus miradas en el palco regio.

Era un caballero de estatura mediana pero admirablemente proporcionado y de aspecto distinguido.

Usaba bigote negro y lustroso, y perilla.

Tal vez había en él cierto amaneramiento.

Nada tenía de extraño, porque era un artista, un cantante de fama, un barítono que se acababa de retirar del teatro.

Era el célebre Obregón.

¿Sería á él á quien miraba la reina?

No nos importa, que no hemos de recoger hablillas y murmuraciones.

Ello es que ni el artista ni la reina se cuidaban del escándalo aquel que estallaba en las alturas del paraíso.

Hubo gritos, arremolinamiento de gente y algunos garrotazos.

Y como resultado media docena de presos.

Entre ellos Alfonso, á quien á duras penas sujetaron dos polizontes.

Pocos minutos después los acordes de la orquesta restablecieron el silencio.

CAPÍTULO III.

En la ergástula.

Había por entonces, y existen aún, en los sótanos del vetusto edificio que ocupa el Gobierno civil unas mazmorras húmedas, oscuras, sucias, negras, que servían y sirven para encerrar á los detenidos.

Allí, entre montones de basura, se aglomeran durante la noche los desgraciados y los criminales que caen en manos de la policía.

Allí la ramera descocada, el tahur, el beodo, el ladrón, y á su lado el mendigo cuyo crimen consiste en ser pobre, en pedir una limosna.

Juntos albergan el que pide y el que roba.

Y saquen las consecuencias los que se dedican á estudios sociológicos.

Esto sucede hoy mismo.

¡Qué vergüenza y qué horror!

Pero en los días á que se refiere nuestra historia era mayor el escándalo.

Aquellas cuevas, aquellas inmundas mazmorras se llenaban todas las noches de presos políticos.

Pero no se crea que eran personajes de importancia, conspiradores temibles.

Eran comunmente jovenzuelos, acusados de haber proferido alguna palabra *subversiva*, ó incautos que habían caído en las trampas inícuas de los polizontes, siguiendo una conversación por éstos provocada en contra del gobierno ó de la reina.

Y allí, estudiantes, obreros, empleados, tenían que alternar con los borrachos, con los tomadores y con las rameras.

No había separación de procedencias ni de sexos.

Y como los ciudadanos eran una especie de esclavos para el gobierno, bien podemos decir que aquella mazmorra era una ergástula.

Allí fué conducido Alfonso.

En los primeros momentos no consiguió ver nada.

Al cerrarse la puerta á sus espaldas, quiso dar algunos pasos, tropezó con un cuerpo y quedó inmóvil.

Allí se respiraba una atmósfera infecta, car-

gada de hedores insoportables y nauseabundos.

No había más luz que la muy ténue de la noche, que por una alta reja se filtraba á través de la espesa cortina de telarañas tendidas entre los hierros.

Al cabo de algunos minutos se fué acostumbando Alfonso á aquellas tinieblas.

Y en primer término vió destacarse algunos bultos que se arrastraban por el suelo como gigantescos reptiles.

Eran criaturas humanas.

El joven se creyó en una nueva *Corte de los Milagros*.

Y se preguntaba si iba á correr aventuras parecidas á las del desventurado Gringoire de *Nuestra Señora de París*.

Adosada al muro y en plano inclinado se veía una tarima, que servía de lecho á los que habían tenido la fortuna de llegar los primeros á la ergástula.

Otros muchos dormían ó no dormían, tendidos en el suelo, entre los charcos que formaba el vino devuelto por los beodos.

Había allí unas veinte personas, entre borrachos, ladrones, mujeres públicas y pordioseros.

La concurrencia, como se ve, no era muy distinguida.

No faltaban algunos señoritos presos en los teatros ó en los cafés, por hablar más de lo conveniente.

Oíanse ronquidos, bostezos escandalosos, voces aguardentosas y balbucientes y no pocas blasfemias.

De pronto se oyó un grito y una voz argentina y angustiada, que gritaba:

—¡Socorro, socorro!

Aquel grito había partido de un rincón de la mazmorra. Alfonso acudió.

Y se presentó á su vista una escena escandalosa.

Un hombre desarrapado y soez abrazaba á viva fuerza á una joven que en el rincón permanecía acurrucada, y con las frases más incul-tas pretendía requebrarla.

La joven, luchando desesperadamente, se cubría con las manos el rostro, para librarlo de los asquerosos labios de aquel sátiro.

Alfonso, que tenía un corazón siempre abierto á todo impulso noble, tomó la defensa de la muchacha.

Asió á aquel bárbaro, lo sacudió violentamente, y lo arrojó á cuatro pasos de distancia.

—¡Por Dios! —exclamó la joven, sollozando, y en actitud de súplica desgarradora,—por Dios, caballero, ampáreme usted!

—Tranquilícese usted, pobre niña,—dijo Alfonso.—Si ese bandido vuelve á acercarse le mato.

—¡A mí!—exclamó rugiendo aquel hombre medio salvaje.—¡A mí el señorito!

Y terminó con una interjección y una blasfemia horrible.

Algunos otros bandidos se acercaron.

—Anda con él,—exclamó uno;—Sansón, no te dejes pisotear por un lechuguino.

El llamado Sansón apretó los puños y avanzó un paso.

Alfonso no esperó la embestida.

Y arremetiendo contra su enemigo con un movimiento rápido, le alcanzó con un formidable puñetazo en un ojo.

Rugió Sansón como una fiera.

Pero no se declaró vencido.

Hizo de nuevo intención de acometer.

Por su talla gigantesca y por sus miembros fornidos, se adivinaba que tenía bien puesto el apodo.

Si conseguía echar mano al joven, le costaría muy poco hacerle pedazos.

Alfonso lo comprendió así.

Pero ya sabemos que era vigoroso también, ágil y sobre todo valiente.

Y sin acobardarse gritó:

—¡Atrás, miserable!

Y al mismo tiempo descargó con el pié un golpe terrible en el estómago de su adversario.

Sansón exhaló un ¡ay! y doblándose sobre sí mismo, cayó al suelo, donde entre alaridos se revolcó largo rato.

Los que presenciaban la escena retrocedieron.

Alfonso se hizo respetar.

Pero los gritos llamaron la atención de los guardias, y cuatro de estos, abriendo la puerta del calabozo, se precipitaron en él, sable en mano.

No se tomaron la molestia de informarse de lo que ocurría.

Y como medio expeditivo para restablecer el orden, comenzaron á repartir cintarazos á derecha é izquierda, á los que encontraban en pie.

Quiso la fortuna que no alcanzáran á Alfonso.

Los guardias, no ménos soeces que los presos, vomitando imprecaciones y amenazas, cuando vieron restablecido el orden, se retiraron, sin dar tiempo á que Alfonso les refiriera, como deseaba, lo ocurrido.

Y ya no se oyeron más que los ayes y lamentos de los lastimados por los guardias.

Nadie osaba moverse.

El remedio no pudo ser más eficaz; pero la injusticia y la barbarie quedaban de manifiesto.

Dígase si los presos no eran esclavos, y si la prevención no era una ergástula.

Alfonso temblaba de ira, de vergüenza y de indignación.

A su lado, la joven que estuvo expuesta á ser víctima de un atropello brutal, de un atentado salvaje, lloraba acongojada.

Y las lágrimas de aquella niña más y más aumentaban la indignación de Alfonso.

¿Cuál podía ser el delito de aquella pobre criatura?

María estaba moviendo. El remedio no pudo ser más eficaz, pero la injusticia y la barbarie quedaban de manifiesto. Aunque si los presos no eran esclavos, ¿si la prevención no era una escuela? Alfonso temblaba de ira, de vergüenza y de indignación. Pero el momento que él esperaba a su lado, la joven que estuvo expuesta a ser víctima de un arrojado puñal, de un salvaje salvaje, ahora aconsejaba. Y las lágrimas de aquella niña más y más aumentaban la indignación de Alfonso. ¿Cuál podía ser el delito de aquella pobre criatura?

El momento que él esperaba a su lado, la joven que estuvo expuesta a ser víctima de un arrojado puñal, de un salvaje salvaje, ahora aconsejaba. Y las lágrimas de aquella niña más y más aumentaban la indignación de Alfonso. ¿Cuál podía ser el delito de aquella pobre criatura?

CAPÍTULO IV.

Un angel en un lozadal.

Muchos eran los motivos que Alfonso tenía para sentirse preocupado.

Su padre, que tres meses antes del momento en que comienza nuestro relato fué preso en la estación, cuando se disponía á salir para Francia, había desaparecido.

De él nada se sabía.

Era posible que hubiera sido deportado.

Todas las gestiones de Alfonso por obtener alguna noticia de su padre fueron inútiles.

¿Cómo siendo tal su situación se comprende que el joven tuviera humor para divertirse en el teatro?

Adelantaremos desde ahora que Alfonso iba al teatro, pero no se divertía.

Hé aquí la explicación.

Sabido es que en todo tiempo las empresas organizan lo que se llama *claque de alabarderos*, frasecilla mitad francesa mitad española que ha hecho fortuna.

Generalmente, y sobre todo en el teatro de la Opera, la *claque* se compone de estudiantes y aficionados sin recursos, que por este medio se proporcionan el placer de oír música.

Aparte del jefe, los alabarderos nada cobran.

No tienen más que el billete gratis.

Pero Alfonso ganaba una pequeña gratificación.

Por aquella época era jefe de la *claque* un estudiante de Medicina llamado don A. L. G., y por sobrenombre *República*. (1)

La jefatura de la *claque* proporcionaba á este joven no pocos gajes, que ignoramos cómo los buscaba, y si no lo ignoramos, no lo queremos decir.

Pero era el caso que el tal República ni era inteligente en óperas ni apenas aficionado.

Y no es posible dirigir á los alabarderos, organizar el aplauso en el instante oportuno, sin

(1) Histórico.

un verdadero conocimiento de la partitura y de los cantantes.

El jefe necesitaba un asesor.

Y este asesor era Alfonso.

Hacía algunos años que por afición concurría al teatro en calidad de alabardero, y si no tenía verdaderos conocimientos musicales, tenía sí la práctica necesaria y la costumbre de oír óperas, para dirigir la *claque*.

Y lo que hasta entonces nada le había producido, le valió aquel año.

República, además del billete, le daba una pequeña gratificación para que llevara la parte directiva.

Alfonso daba las instrucciones necesarias, la orden del día, digámoslo así, y distribuía á los alabarderos convenientemente.

Sus órdenes eran concretas, y se las daba por escrito al jefe, en esta forma:

Guillermo Tell. Aplauso en la sinfonía hasta conseguir la repetición del *allegro*.

Acto primero.—Pequeño aplauso en la *barcarola*, que se dará si no se inician siseos.

Aplauso á Tamberlik al presentarse en escena.

Aplauso nutrido al final del *Matilde*.

Aplauso pequeño al terminar el acto.

Acto segundo:

Aria de la Nantier. Aplauso prolongado.

Duo de la Nantier y Tamberlik. Lo mismo.

Terceto. Aplauso y bravos en el recitado de Tamberlik, y aplauso también al barítono.

Al final del terceto aplauso hasta conseguir su repetición.

Final del acto. Aplauso á los coros, hasta hacerlos salir á escena tres veces.

Acto tercero. Se aplaudirá el aria de barítono y el concertante.

Aria final de tenor. Aplauso nutrido y cinco llamadas á escena.

República hacía obedecer estas órdenes.

Pero á veces se cambiaba el programa de los aplausos, porque no ayudáran los artistas ó por otra circunstancia cualquiera, pues sabido es que un aplauso intempestivo provoca un desastre.

De esto cuidaba Alfonso, y hacía sus indicaciones á República y éste á su gente por medio de señales convenidas.

Alfonso, desde que su padre fué preso, quedó como jefe de familia.

Tenía que mantener á su madre y á su hermana.

Era ésta ribeteadora; pero por el momento se encontraba sin trabajo.

No contaba el joven con otros recursos que

con su exíguo sueldo de practicante del Hospital. Aceptó, pues, obligado por la necesidad, aquel nuevo recurso como sub-jefe de la *claque* de alabarderos.

Ya sabemos por qué estaba en el teatro.

Júzguese ahora el conflicto en que se veía.

Si él era, como su padre, víctima de una arbitrariedad, y su prisión se prolongaba, perdería su plaza en el Hospital, no podría proporcionar recursos á su familia, y su madre y su hermana quedarían en la miseria.

Esto sin contar con las probabilidades de la pérdida del curso, y el consiguiente retraso en su carrera, suprema esperanza con que contaban sus padres, para ver un día recompensados sus sacrificios.

Alguien podrá pensar que el hombre que en tal situación se encuentra debe ser más cauto y más prudente, y no comprometer su porvenir ya en empresas revolucionarias, ya en choques sin objeto como el que Alfonso provocó con la policía.

¿Pero quién contiene los ímpetus de los veinte años, cuando la sangre arde en las venas, y todo es entusiasmo y fuego y amor á los ideales?

No, no es posible que á los veinte años tenga el hombre la madurez y la calma que á los cuarenta.

Tiene que responder á la fogosidad de su organismo y á los ciegos impulsos del corazón.

Nadie se sustrae á las leyes de la Naturaleza.

Alfonso, pues, se encontraba en situación muy crítica, y tenía sobrados motivos de preocupación.

Y, sin embargo, después del lance que referido queda en el capítulo anterior, dió al olvido todo lo que á su situación se refería, para pensar solo en aquella desvalida joven cuya defensa había tomado.

Cuando entraron los guardias, uno de los cuales llevaba una luz, pudo Alfonso fijarse en su protegida.

Era una joven soberanamente linda.

Su rostro ovalado, blanco y suave con reflejos alabastrinos, se encerraba en el marco de una cabellera negra, abundantísima, ondulada, que medio suelta caía sobre sus hombros.

Alfonso no pudo apreciar más que esto, y la expresión de terror y de angustia de aquella pobre niña, que parecía un angel caído en un lodazal.

¿Por qué estaba allí?

Aquella joven debía ser pura y honrada.

¿Cómo la habían llevado allí, arrojándola en aquel montón de basura social, confundiéndola con las rameras?

—Esto era inicuo, era infame.

Alfonso quería saber qué historia se encerraba en la prisión de aquella joven.

Estaba seguro de que debía tratarse de uno de aquellos abusos, de aquellos crímenes de la policía, que justificaban todos los intentos revolucionarios.

Y dirigiéndose con el mayor respeto á su protegida, murmuró á su oído:

—Tranquilícese usted. Mientras yo esté aquí nadie la ofenderá.

—¡Gracias, gracias, caballero!—contestó la joven con voz temblorosa.

Estaba entablada la conversación.

—¡Pero qué va á ser de mí, Dios mío, qué va á ser de mí!—exclamó la joven, llorosa y acongojada.

Sentíase Alfonso tan impresionado por la belleza y la desventura de aquella pobre niña, que, ya lo hemos dicho, olvidó sus preocupaciones.

—No sé,—dijo contestando á la joven,—no sé, ni puedo adivinar su suerte, ignorando las causas que aquí la han traído. No pretendo, averiguarlas; pero seguro estoy de que se trata de un atropello y de una verdadera iniquidad.

—¡Ay! Así es, caballero,—contestó la joven á quien su defensor inspiraba confianza.—Así es.

Yo vivía con mi padre en situación muy estrecha, porque no tiene destino, y solo vive de lo poco que gana dando lecciones de lectura, escritura y francés... Dicen que mi padre es liberal.

—¿Y es cierto?

—Sí, pero nunca, que yo sepa, se ha metido en nada. Esta noche, estando mi padre ausente, entró en mi casa la policía.

—¿Usted se encontraba sola?

—Completamente sola. Los polizontes registraron... No podían encontrar nada, pero dicen que en la carbonera hallaron un montón de papeles. No sé cómo pueda ser eso.

—Yo sí. Los llevaban los mismos polizontes ocultos, para fingir pruebas que no existen.

—Pero eso es una infamia.

—Ese nombre merece.

—No sé más. Se empeñaron en que les dijera dónde estaba mi padre.

—Y usted...

—Lo ignoraba; pero aún sabiéndolo no lo hubiera dicho!

—Muy bien.

—Y entonces, no habiendo más persona que yo, me prendieron y me trajeron aquí.

—¡Un escándalo más! ¡Ah! No está lejano el día de la venganza.

—¡Pero qué harán conmigo ahora! ¿Qué será

de mi pobre padre cuando se encuentre sin su hija?

—Lo que buscan precisamente es eso, que su señor padre se entregue por salvarla á usted.

—Y aunque me pongan en libertad, ¿qué haré yo si mi padre queda preso? ¿Y por qué han de prender á mi padre?

—Por ser liberal.

—¿Y eso es un crimen?

—Para este gobierno, sí. ¿Cómo se llama su señor padre?

—Lorenzo R.

—¿Y usted?

—Pura.

—Y bien, señorita,—dijo Alfonso tristemente,—no me atrevo á darla esperanzas que pueden ser ilusorias. Si la policía tiene empeño en apoderarse de don Lorenzo, no la pondrá en libertad hasta que se presente... Procure usted tener valor y energía... ¡Quién sabe los peligros que la rodean! ¡Quién sabe si es á usted y no á su padre á quién buscaban?

—No comprendo.

—¡Ojalá que no llegue usted á comprenderlo!

Pura, en su candorosa inocencia, no podía descifrar el enigma que encerraban estas palabras.

Afonso, para corresponder á aquella franqueza, refirió como y por qué había sido preso.

La joven le escuchó con interés.

Aquel angel, encerrado en el lodazal, no sospechaba el peligro que corría su pureza.

CAPÍTULO V.

De la prevención al Saladero.

A este punto llegaban de su conversación, cuando, abriéndose la puerta del calabozo, gritó una voz agria y soez:

—Purificación R.

—¡Me llaman!—exclamó la joven estremeciéndose de terror.

—Antes de separarnos,—dijo Alfonso,—¿tendrá usted inconveniente en indicarme las señas de su casa?

—Calle de Juanelo, número...

—Allí vive un sacerdote llamado don Felipe.

—Creo que sí.

—Purificación R.,—volvió á gritar la misma voz, ya con tono colérico.

—Yo soy,—contestó aterrada la pobre niña.

—¿Está usted sorda?

Pura se acercó temblando á quien la llamaba.

—¡Vamos!—gritó el veterano, que guardia veterano era el voceador.

Alfonso no pudo contener la indignación que le producía aquel bárbaro procedimiento, y acompañando á su protegida hasta la puerta, dijo al guardia con altivez:

—No sea usted salvaje, y bien puede tratar á esta señorita con respeto, ó yo le juro que lo pagará muy caro.

El guardia quedó sorprendido al oír este lenguaje, y preguntó con cierto enojo:

—¿Y usted quién es?

—Quien á usted no le importa, y por su bien le repito mi consejo.

Miró aquel hombre de piés á cabeza á quien así le hablaba, y no supo qué pensar.

Era la vez primera que se encontraba en frente de tanta osadía.

Y dudaba si echar mano al sable y castigar al deslenguado, ó seguir el consejo que le daba.

Al fin optó por la prudencia, calculando que podía suceder, como había ya sucedido algunas veces, que el preso fuera un personaje, que estuviera allí por equivocación.

Y también podía ser cierto que la muchacha contara con valiosos protectores, dada la excep-

ción que con ella se hacía, al ser llamada al despacho de no sabemos qué jefe del Gobierno civil.

El guardia, pues, entre confuso y atemorizado, contestó:

—Nadie ha faltado al respeto á esta señorita, y yo al venir en su busca no hago más que cumplir las órdenes que recibo.

—Está muy bien,—contestó Alfonso, comprendiendo que se había hecho dueño de la situación, imponiéndose al guardia.—Sólo me resta advertirle que usted será responsable de cualquier atropello que con esta señorita se cometa.

—Mientras esté bajo mi custodia, tan segura está como si la guardara su padre... Vamos.

Alfonso y Pura se despidieron con una expresiva mirada, cuyo valor supieron los dos interpretar.

Los ojos de Alfonso quisieron decir:

—Animo y serenidad para la lucha.

La mirada de la niña expresó la más tierna gratitud.

Más que nunca violento y desesperado quedó Alfonso.

Aquel inícuo atropello de que era víctima una criatura angelical, le llevaba al paroxismo del furor.

Apresurémonos á decirlo.

Alfonso acababa de sentirse profundamente impresionado.

Podemos asegurar que amaba á Pura.

Y no se diga que las pasiones no se encienden en el corazón de un modo tan repentino.

Todo en el hombre es hijo de las circunstancias.

Y así como un incendio devora con más ó menos rapidez y levanta mayor ó menor hoguera, según la calidad de los combustibles, así también el fuego de una pasión brota y se acrecienta en más ó menos tiempo, según las circunstancias en que se desarrolla.

Podemos decir que aquella pasión naciente brotó en los jóvenes como brota el rayo de las nubes. Surgió del magnetismo de una mirada, en medio de una borrasca de la vida.

Alfonso, como decimos, quedó, no preocupado, sino desesperado.

Y sucedió para él una cosa extraña.

Durante la noche el calabozo estaba oscuro.

Y á él le parecía que estaba rodeado por una especie de luz mágica...

Era la luz que se desprendía de los ojos de aquella mujer.

Después que ésta se alejó, los fulgores del nuevo día inundaron de luz el calabozo.

Y entonces creía Alfonso que todo estaba en tinieblas.

Le faltaba aquella luz casi celestial, aquella luz del amor que había poco antes inundado su espíritu.

¿Qué iba á ser de la pobre niña?

¿Qué peligros ignorados la amenazaban?

¿Qué oculto y poderoso enemigo la perseguía?

Alfonso se mordía los puños con rabia, y dirigió en torno suyo miradas amenazadoras.

Su actitud era la de un loco.

Los desalmados que allí estaban encerrados mirábanle con respeto y hasta con temor.

El aspecto del inmundo calabozo, á la luz del día, era aun más repugnante que durante la noche. Veíanse con sus notas salientes y horribles todas las huellas del vicio.

Y diríase que ya el calabozo estaba impregnado de esta hediondez, segun era de repugnante.

Las paredes desconchadas, negras y súcias, el suelo cubierto de residuos asquerosos, el aire infecto, la luz opaca en aquella atmósfera de polvo y humo, todo contribuía al tormento de la vista, del olfato y del estómago.

Los concurrentes eran si cabe, más repulsivos aún.

Rostros feroces ó degradados con la marca de todos los vicios ó de todas las miserias, ojos inyectados, narices de escarlata, y lábios hechos para vomitar asquerosidades y blasfemias, tal era el cuadro que ofrecía el grupo de los allí reunidos.

Alfonso y algunos otros jóvenes detenidos en los teatros y en los cafes, se destacaban del grupo como se destacarían los dandys europeos entre una reunión de hotentotes.

Alfonso no pudo entregarse mucho tiempo á sus meditaciones.

Mucho celebraba que la encantadora niña hubiera sido arrancada de allí.

Pero cuando comenzaba á recordar los sucesos de aquella noche se abrió la puerta y aparecieron muchos guardias.

Venían provistos de cuerdas.

Y con ellas comenzaron á atar de dos en dos á los detenidos.

Alfonso creyó que no formaría parte de aquella conducción.

Pero tocó el desengaño bien pronto.

Quiso protestar, y los guardias se rieron de él, y acaso por mala intención apretaron las cuerdas á sus muñecas más de lo conveniente.

Alfonso, en su carácter violento, no sabía disimular sus impresiones.

Le ahogaba la bilis, y espumarajos de rabia se veían entre sus lábios.

Pero comprendiendo que su furor solo servía de burla y de chacota, lo mismo á los presos que á los verdugos, consiguió dominarse, y su ira se trocó en desprecio.

—Aprieta, bárbaro, aprieta,—dijo al guardia que le ataba.—Así un día te apretaré yo el pescuezo por asesino.

Y el guardia al oír esto siguió apretando hasta el punto que las manos del joven se pusieron moradas, y sus venas amenazaban estallar.

Pero Alfonso no exhaló un ¡ay! ni una queja.

Una sonrisa de profundo desprecio vagaba en sus labios.

Pocos minutos después, la cuerda, custodiada por los guardias, era conducida al Saladero.

Una turba de pilluelos la seguía.

Los transeuntes se volvían á contemplarla.

Alfonso tuvo que arrostrar la vergüenza de ser llevado por las calles de Madrid, en medio de ladrones y asesinos.

Y levantaba la frente con orgullo, y dirigía á todas partes miradas altivas, esforzándose en dar á entender que no debía ser confundido con aquella turba de criminales.

Procuraba el joven no perder su dignidad.

Pero difícilmente ahogaba su furor cuando oía los comentarios depresivos de las mujeres que, viendo pasar la cuerda, se fijaban en los señoritos principalmente.

Alfonso hubiera querido romper la cuerda y emprenderla á golpes con las criadas de servir, que eran las que tales comentarios hacían.

Así avergonzado y ahogándose de furor, llegó al Saladero.

El camino le había parecido horriblemente largo.

Ya en el Saladero, respiró.

Entonces supo que estaba condenado por el gobernador á tres días de arresto.

Se le había condenado sin oírle.

Pero no podía quejarse.

Peor hubiera sido que le hubieran juzgado los tribunales por desacato á la autoridad.

Al cabo de tres días se vería libre.

Ya podía entregarse á sus pensamientos.

Y su pensamiento le llevaba el recuerdo de Pura.

CAPÍTULO VI.

Dos jefes que se entienden.

No sabemos quién era ni qué cargo desempeñaba un caballero que á las altas horas de la noche en que da comienzo esta parte de nuestra historia se encontraba en uno de los despachos del Gobierno civil.

Su aspecto era distinguido ó aristocrático, aunque nada tenía de esbelta su figura. Su distinción resultaba, pues, más que natural, hija del estudio, de la costumbre, del trato con la que se llama alta sociedad.

Adornaban su rostro largas y sedosas patillas blancas, cortadas á la inglesa.

Pero á pesar de esta blancura y de la anchurosa calva, aquel hombre no era viejo, no tendría más de cincuenta años.

Había pasado en su oficina gran parte de la

noche, conferenciando con algunos jefes de la guardia veterana, y con ciertos tipos innobles, que á no dudar formaban parte de la policía.

En aquellas conferencias se habló de proclamas llegadas de París, de reuniones sospechosas, del descubrimiento de un depósito de armas y de asuntos por el estilo.

Y se ordenaron algunas prisiones.

Iba ya la noche muy avanzada, cuando entró en el despacho un personaje, que no es nuevo para los lectores de *Los mártires del presidio*. Era un jefe del Gobierno civil, de nombre don Francisco, y que fué el encargado de la prisión de don Gaspar y de acompañar hasta la frontera al duque de N.

Don Francisco saludó con cierto respeto á don Manuel, que así se llamaba el de las patillas á la inglesa, y éste despidió á dos ó tres personas que en el despacho había, para quedar á solas con el recién llegado.

Después tocó un timbre, apareció un portero y don Manuel dijo con el acento breve del que está acostumbrado al mando:

—No recibo á nadie.

El portero hizo una reverencia y se retiró.

Don Manuel se reclinó con negligencia sobre un diván, apoyó la cabeza en un almohadón de terciopelo carmesí, y dijo:

- ¿Qué hay de nuevo?
- Del asunto principal nada.
- ¿No hemos tenido hoy nuevas comunicaciones?
- Ninguna.
- De modo que no sabemos si el resto de la tripulación y los deportados de la goleta se han salvado ó se han perdido.
- Debemos suponer lo segundo, en vista de la carencia de noticias.
- ¡Qué le vamos á hacer! Ahora es preciso que el hecho no se haga público.
- No es fácil.
- Dará el vulgo en creer que la pérdida de la goleta con los deportados ha sido obra del comandante por órdenes del gobierno.
- De fijo lo creerá.
- Y bien, ¿iban presos de importancia en la goleta?
- ¡Pse!... Más que personajes políticos, hombres de acción.
- Revolucionarios, polilla de la sociedad, no se ha perdido gran cosa... Conviene saber sus nombres.
- Aquí está la lista.
- Veamos.
- Figura el primero don Rafael Valdeoro.
- ¡Hola! El sobrino de don Bonifacio.

—El mismo. Era un pájaro de cuenta. Se dió á conocer el 22 de Junio, estuvo en presidio, se fugó.

—Sí, sí, recuerdo la historia. Más le hubiera valido aguantarse en presidio. Sus calaveradas le han llevado á morir en este naufragio. ¡Cómo ha de ser! Daremos la enhorabuena á su tío... Adelante.

—Aquí tenemos un señor Clemente, obrero, también, hombre de acción. Se dice que en todas las revueltas ha sido jefe de barricada.

—Muy bien, llevó su merecido.

Don Francisco continuó leyendo.

Y á cada nombre hacía don Manuel un comentario.

Cuando acabó la lectura, dijo:

—Si se reciben nuevos detalles, me los comunicará al momento.

—Lo haré así.

—¿Hay algún otro asunto de interés?

—De índole muy diversa.

—No importa.

—Tenemos en el sótano una muchacha muy linda.

El rostro de don Manuel se dilató.

—¿Alguna chula?—preguntó guiñando un ojo.

—Todo lo contrario. Una señorita.

—¡Bah! Alguna damisela espiritual.

- Pero que vale la pena.
- ¿Y cómo ha venido ese pájaro á la jaula?
- Del modo siguiente. Había sospechas de que un don Lorenzo R..., antiguo empleado, hoy cesante, debía tener en su casa proclamas de las que acaban de llegar de París.
- ¿Se ha registrado su domicilio?
- Esta noche.
- ¿Ha encontrado la policía lo que buscaba?
- No señor.
- ¿Estaba en su casa el don Lorenzo?
- Tampoco.
- Un indicio. El que á las altas horas de la noche no está en su casa cuando llega la policía, es que algo sabe y algo teme.
- En la casa no había nadie más que una muchacha, hermosa como un sol.
- ¿Y se la ha traído usted?
- Es natural.
- Bien hecho.
- Hice que aparecieran proclamas escondidas en la carbonera.
- El procedimiento de costumbre.
- Eso es. El responsable es el inquilino, y en su ausencia la persona que se encuentra en la casa.
- Y esa chica...
- Está en el sótano. Por el momento, y para

cubrir las apariencias, no he juzgado oportuno tratarla de otro modo, sino someterla á la ley general. Después se la llama para que preste declaración...

—Está entendido.

—Y se la pone en libertad ó no, según se muestre más ó menos amable.

—Corre de mi cuenta.

—¿Quiere usted que la llame?

—Sí, antes que entre el día...

—Con permiso de usted.

Don Francisco salió.

Al pasar por delante del portero, al hablar con los guardias, se mostró serio y grave.

Todos le trataban con respeto.

Era un funcionario público de cierta categoría, y decíase que era inflexible en el cumplimiento de su deber.

Ya sabemos á qué atenernos.

Era un miserable que conservaba su destino desempeñando el más bajo papel, ruín oficio, cuyo nombre nos impide estampar el decoro.

¡Qué mucho que los polizontes fueran unos bandidos, cuando sus jefes eran unos miserables!

CAPÍTULO VII.

Lucha vergonzosa.

No se achaque á invenciones de novelista las escenas que relatamos.

En la desdichada época que nos hemos propuesto historiar, llegó el escándalo, la inmoralidad y el abuso macho más lejos.

Y debemos declarar que no recargamos el cuadro de colores sombríos; antes bien procuraremos apartar de los ojos del lector lo más repugnante.

Había mucho cieno en el fondo de aquella sociedad, y lo removeremos lo menos posible.

Llegó Pura, escoltada por dos guardias, á la antesala donde esperaba don Francisco.

Y éste dió á los veteranos la orden de que se retiraran.

Después cuidó de alejar al portero.

Quedó sólo con la joven, que aturdida y temblorosa, le miraba con espanto.

Ya le conocía.

Aquel hombre era el que había registrado su casa, mostrándose con ella harto severo y descortés.

Don Francisco procuró desplegar una amable sonrisa, y dijo:

—Perdone usted, señorita, si al detenerla no la guardé las consideraciones á que por su debilidad y aun por su inocencia tiene derecho. Estaba en presencia de mis subordinados y no podía proceder en otra forma. Crea usted que mi cargo me impone deberes muy penosos.

Al oír Pura estas razones, sintió, como vulgarmente se dice, que el alma le volvía al cuerpo.

Experimentó una reacción.

Y al desaparecer, ó al mitigarse por lo menos su terror, se acordó de su padre, y rompió á llorar.

Y affigida murmuraba entre sus sollozos:

—¡Mi padre, mi padre!

—Tranquilícese usted. El jefe que la va á tomar declaración, la salvará á usted y aun á su padre de la responsabilidad que haya contraído.

—¡Ay, Dios lo haga!

—De usted depende.

—De mí!

—Procure mostrarse amable y complaciente, y obtendrá cuanto pida. Se trata de un caballero que es todo bondad y compasión con los débiles; pero inflexible y duro cuando tropieza con resistencias y negativas. No tiene usted más que complacerle en todo, y hará de él lo que quiera.

Pura no entendía una palabra de esto.

¿En qué podría ella complacer al que la iba á tomar declaración?

¿Ni qué podía ella declarar si nada sabía?

La desvalida joven no alcanzaba en su inocencia á descifrar estos misterios.

Pero su instinto de mujer le advertía extraños peligros.

Y volvió á temblar.

—Vamos,—añadió don Francisco,—enjugue usted las lágrimas, y adelante. Nada tiene que temer.

Y abrió al decir esto la puerta del despacho.

Hizo pasar á la joven, y quedando él fuera, volvió á cerrar.

Pura avanzó dos pasos y quedó inmóvil.

Don Manuel continuaba muellemente reclinado en el diván, con una pierna sobre otra, y entretenido en saborear un riquísimo cigarro

de la Habana, cuyo aroma llenaba la habitación.

Al ver á la joven hizo un movimiento, pero no llegó á levantarse.

—Acérquese usted, joven, acérquese usted,—dijo con cariñoso acento.

Pura, con la vista fija en el suelo, la respiración anhelante, y pálida como una muerta, continuó en su inmovilidad.

Entonces se levantó el jefe, se acercó á ella, la cogió de una mano y dijo:

—Vaya, fuera temor... No he de hacerte el menor daño. Estás en presencia de quien solo pretende salvarte.

Don Manuel tuteaba á la pobre niña, á lo que parecía autorizado por su edad.

Pura se dejó conducir.

Creía ser juguete de una pesadilla.

No tenía exacta conciencia de la situación.

Y automáticamente se dejó caer en el diván. Don Manuel tomó asiento á su lado.

Continuaba con la mano derecha de la niña entre las suyas, y la acariciaba blandamente.

—Vamos, hija mía, vamos,—dijo dando en aquella mano, blanca y suave, golpecitos cariñosos.—Tranquilízate, levanta la frente, y nada temas. ¿Crees tú que á una muchacha tan linda puede hacerla daño un caballero?

Pura consiguió recobrar un poco el ánimo.

Y apartando su mano de las de aquel hombre, enjugó sus lágrimas, y echó hácia atrás el cabello que cubría su frente.

Y quedó al descubierto aquella frente nívida, ovalada, de una transparencia de nácar.

¡Qué hermosa apareció la joven á las lúbricas miradas del libertino!

Las facciones de Pura tenían una corrección intachable.

Formaba su rostro un óvalo perfecto.

Eran sus mejillas blancas como el alabastro, y sus ojos negros y grandes, y negro también el cabello, que medio suelto por haber sido la niña sorprendida cuando se disponía á recogerse, caía sobre sus hombros y sobre su espalda en abundantes y graciosas ondulaciones.

La edad de Pura no llegaba á los diez y siete años.

Se encontraba en el primer desarrollo de la mujer, que acaba de ser niña.

Una sencilla bata de percal, ceñida á la cintura, permitía adivinar las curvas deliciosas de su seno.

Una niña que comienza á ser mujer, es decir, una mujer casi niña, es la más bella ilusión para un libertino sin conciencia.

No hay nada que más despierte los apetitos

brutales de los hombres gastados en el vicio.

—En verdad que es muy linda,—pensaba don Manuel.—Con tal que ese bribón de don Francisco no se haya cobrado las primicias...

Después de formular este indigno pensamiento, añadió en voz alta:

—Conque vamos, hija mía, vamos á examinar la situación tranquilamente, y no te apures.

La joven no se tranquilizaba.

En los ojos de aquel hombre veía algo que la confundía, que la aterraba más y más.

Y así Pura iba pasando por emociones distintas, ya de esperanza, ya de desconsuelo y de nuevos terrores.

Lo que veía en los ojos de aquel miserable no era otra cosa que el fuego de la lubricidad.

Hizo la joven un esfuerzo sobre sí misma para recobrar algún valor, y dijo:

—¡Por Dios, caballero, por Dios, sálveme usted!

—Ese es mi propósito.

—Y sálve usted á mi padre; yo le aseguro que es inocente... ¡Qué será de él sin mí! ¡Qué será de mí sin él!

—Esa es la cuestión... Yo haré lo posible para salvaros, te lo aseguro.

—Si es así, Dios se lo premiará.

—Pero no es tan fácil, hija mía, no es tan

fácil. Desde luego se adivina que tú eres inocente.

—Y mi padre también.

—No; hay pruebas de su complicidad con los revolucionarios.

—Son falsas.

—No, hija, no. Lo que hay en este asunto es que tu padre se reservaría de tí.

—Me parece imposible.

—No lo dudas... Y es lo peor del caso, y esto complica la situación, que los ministros lo saben, y de ellos ha partido la orden de la prisión de don Lorenzo R... ¿No se llama así tu padre?

—Sí, señor.

—Ya comprendes, por lo que te digo, las dificultades que el asunto presenta. Pero yo las venceré, yo las venceré.

—Mi gratitud será eterna,—exclamó Pura, que iba poco á poco animándose y cobrando confianza.

—Así lo espero, hija mía.

—¿Y yo quedaré en libertad?

—Inmediatamente.

La joven respiró.

Y se echó en cara haber desconfiado de aquel hombre que se portaba como un cumplido caballero.

Pronto debía tocar el desengaño.

—Sí, hermosa niña,—añadió el miserable, volviendo á coger la mano derecha de la joven, —sí, yo te prometo que antes de media hora estarás en libertad, y que no perseguiremos á tu padre. ¿Qué más quieres?

—¡Ah! gracias, gracias,—murmuró Pura.

Y quiso nuevamente retirar su mano.

Pero esta vez no lo consiguió.

El libertino la retenía con fuerza.

La niña comenzaba á acongojarse de nuevo.

—Espera, espera,—dijo don Manuel, despidiendo rayos por los ojos.

Sus manos abrasaban.

La joven creía tener la suya dentro de un torno de fuego.

—Creo,—continuó don Manuel,—que agradecerás el favor; pero yo necesito una prenda de esa gratitud... Tienes una mano muy linda.

Y al decir esto, la llevó á sus lábios.

Un grito de angustia se escapó de la garganta de la joven.

Y comenzó á forcejear, para librarse de aquellas manos que la sujetaban.

En esta lucha, don Manuel quiso estampar un beso en las mejillas de Pura.

Pero la joven se echó hacia atrás horrorizada, como si hubiera visto cerca de su rostro una serpiente.

—¡Qué es eso!—exclamó don Manuel,—¿así respondes al interés que me inspiras?

—¡No, no, jamás!—exclamó Pura.

—¡Ah! Si te muestras esquiva, si comienzas por ser ingrata, no hay nada de lo dicho... Piensa en tí, piensa en tu padre...

—¡Jamás, jamás!—repitió Pura, sin saber lo que decía.

Y aprovechando un descuido del miserable, consiguió desasirse, y corrió hacia la puerta.

Su intención era salir gritando.

Alguien acudiría, y en presencia de gente aquel hombre, por mucho que fuera su poder, tendría que desistir.

Pero las puertas de las oficinas no se abren sin llavín.

Y la joven se convenció de que había caído en una verdadera encerrona.

Y por grande que fuera su miedo, se dispuso á luchar. Don Manuel se acercó á ella, rodeó un brazo por su cintura y á viva fuerza la arrastró al diván.

—¡Socorro, socorro!—gritó Pura.

—Nadie ha de oírte... Más te vale ceder, porque de otro modo el resultado será el mismo, sin beneficio ninguno para tu padre ni para tí.

No estaba la pobre niña para oír proposiciones ni para reflexionar.

Había comprendido lo horrible de la situación, y su instinto de mujer honrada y pura se sobreponía á todo.

Estaba resuelta á morir antes que á ren- dirse.

Y digámoslo desde ahora, cuando una mujer toma esta resolución, no hay libertino que la venza.

CAPÍTULO VIII.

Cómo terminó la lucha entablada.

No queremos describir, por repugnante, la escena que se siguió.

Era la lucha del libertinaje contra la pureza, la lucha eterna del vicio contra la virtud.

Acaso nunca aquel miserable había encontrado tanta resistencia.

Y esta resistencia llevaba hasta el paroxismo los deseos de una pasión, ó mejor aún, de un instinto brutal.

Los ojos de aquel hombre exhalaban lascivia.

Y luchaba y forcejeaba como una fiera, prescindiendo ya de todo respeto y de toda consideración.

Pura se defendía bravamente.

Y oíanse los gritos ahogados de la niña, los juramentos del libertino y alguna vez brutales

carcajadas, celebrando un pequeño triunfo, carcajadas que seguían al crugido de un beso.

Pero la joven no se rendía.

Y la lucha se prolongaba.

Y desesperábase el libertino que juzgaba una vergüenza no conseguir el rendimiento de una niña débil.

Esta comenzó á sentir que sus fuerzas se agotaban.

Y medio loca, sin ser dueña de sí, con un esfuerzo sobrehumano consiguió desasirse de nuevo, y corrió al balcón.

Claro se vió su intento de arrojarle por él.

Ya ponía la mano en la falleba con ánimo resuelto, cuando nuevamente la alcanzó y la detuvo el libertino.

— En verdad sea dicho, éste se sintió un momento impresionado al encontrar en aquella débil niña tan heróica virtud.

Y al sujetarla dijo:

— Detente... Yo te respetaré.

Aún quiso la joven desasirse para llevar á cabo su propósito.

Pero don Manuel la retuvo con fuerza.

Y la niña, jadeante, fatigada, con los ojos extraviados, fuera de las órbitas, fijó en el miserable una mirada intensa.

Y ¡cosa extraña!

Con aquella mirada le provocaba de nuevo á la lucha, como si estuviera segura de la victoria.

Don Manuel estaba confundido.

Sentíase fatigado también y su respiración era anhelante.

Y entre el respeto que aquella heroica virtud le infundía y la vergüenza de su derrota, dudaba entre recomenzar la lucha ó declararse vencido.

No sabemos cómo hubiera terminado la vergonzosa escena, á no ser interrumpida por un suceso extraño.

La puerta se abrió de repente y apareció don Francisco.

Don Manuel frunció el ceño con enojo.

—Perdone usted,—dijo don Francisco precipitadamente.

—No perdono... ¿De qué se trata?—ahulló más bien que gritó don Manuel.

—El Capitán general.

—¡Cómo! ¡El Capitán general á estas horas!

—Pronto, pronto... que se acerca.

Y don Francisco señaló á Pura, aludiendo á la inconveniencia de que fuera encontrada allí, porque su actitud y lo descompuesto de su traje claramente indicaban la escena vergonzosa que acababa de ocurrir.

Don Manuel, comprendiendo lo oportuno de aquella observación, quiso empujar á la muchacha para conducirla á otro aposento inmediato.

Pero la joven quiso aprovechar aquella circunstancia favorable, y se aferró á la falleba.

Don Manuel creyó más prudente no insistir.

Y soltando á la joven salió precipitadamente del despacho, para recibir al general en el salón.

Tal visita á aquellas horas no podía ser más extraña. Algo muy grave debía ocurrir.

No nos importa lo que hablaran el general y don Manuel.

Forzosamente había de tratarse en aquella conferencia del descubrimiento de nuevas conspiraciones, y de ponerse de acuerdo la autoridad militar y la autoridad civil para una acción común:

Sí debemos señalar, por ser asunto de importancia, que se trató también de la muerte del general O'Donnell, que acababa de ocurrir en Francia.

Lo que este suceso influyera en la vida de los partidos, en el porvenir del trono y en los trabajos revolucionarios lo trataremos más adelante.

En el despacho de don Manuel quedaron Pura y don Francisco.

Capaz era éste, ya que no de cobrar las primicias, como suponía don Manuel, de contentarse con las sobras.

Y de seguro lo intentara, si el aspecto y la actitud de la joven no estuvieran demostrando claramente que ni había cedido ni se había dejado vencer.

—¿Se tratará de una virtud salvaje?—pensó don Francisco.—¡Cosa más inverosímil!

Y acercándose á la pobre niña, dijo con repugnante cinismo:

—Páreceme que no ha hecho usted caso de mis observaciones. La advertí que se mostrara complaciente.

Pura, á quien la emoción de la pasada lucha y el peligro aun no conjurado impedían hablar, sólo contestó con la mirada, con una mirada de soberano desprecio.

—Veamos, veamos,—continuó don Francisco,—procure usted tranquilizarse, y tenga confianza en mí. Yo la salvaré.

Pura se llevó las manos al pecho, hizo una aspiración violenta, y consiguió decir:

—Usted es un infame.

El polizonte no se ofendió.

Antes por el contrario desplegó una sonrisa.

Y continuando en su asqueroso oficio, repuso.

—Voy á convencerla de que no comprende

su interés y deja escapar la ocasión de labrar su fortuna.

No sabemos los razonamientos que se disponía á emplear el miserable, porque la joven nada quiso oír.

Y exclamó:

—No se acerque usted, no me dirija la palabra, ó pediré socorro á gritos para que me oiga el Capitán general, y sepa la infamia que quieren cometer.

—No haga usted eso,—dijo don Francisco sin poder ocultar su temor ante aquella amenaza.

Pura se dejó caer en el diván, y podemos decir que se recogió en sí misma.

Tal vez pudiera sacar partido de aquella situación.

Llegaban hasta ella los rumores del coloquio que en el aposento inmediato se sostenía.

Uno de los que hablaban era el Capitán general.

Y la joven pensaba que no era posible que el Capitán general hiciera causa común con aquellos miserables.

Bien se comprendía así por el temor que se pintó en don Francisco ante la amenaza de pedir socorro.

Y calculaba la joven que acaso el gene-

ral tomara su defensa al enterarse de lo que ocurría.

En último caso, ¿qué perdía con hacer la prueba?

Era su única esperanza de salvación.

Lo peor que podía suceder era no conseguir nada.

De no intentarlo podía renovarse la lucha cuando se alejara la autoridad militar.

Y no se le ocultaba á Pura que podía ser conducida á un calabozo.

Y se horrorizaba con la idea de los tormentos que la harían sufrir.

Y se desconsolaba pensando en su padre.

Con estas ideas se decidió á jugar el todo por el todo.

Don Francisco no había vuelto á acercarse á ella.

De repente Pura se levantó, corrió hacia la puerta y comenzó á golpearla, gritando con voz nerviosa:

—¡Socorro, socorro!

Su movimiento fué tan rápido que don Francisco no tuvo tiempo de contenerla.

Y dijo desesperadamente:

—¡Qué hace usted!

A este tiempo se abrió la puerta.

CAPÍTULO IX.

Cómo se escapó la presa.

Pura corrió precipitadamente al salón.

Estaba allí con don Manuel un caballero de aspecto distinguido.

Creía la niña que iba á encontrar al general de uniforme.

Pero no fué así.

Aquel caballero vestía de levita.

Sin embargo, con lo que la joven había oído no dudó un instante.

Sabía que era el Capitán general.

Y dirigiéndose á él resueltamente, gritó:

—¡Por piedad, por justicia, ampáreme usted!

Aquella joven tan linda, desgredada, con el aspecto de una loca, inspiraba compasión.

—¡Qué significa esto!—exclamó el general sorprendido.

Don Manuel necesitaba salvar la situación á todo trance, evitando explicaciones.

Y volviéndose airado á don Francisco, que estaba inmóvil en el dintel, comenzó á gritar:

—¡Qué es esto! ¡Qué significa esto! Ha pretendido usted abusar de la situación de esta pobre niña?

—Señor...

—¡Silencio! No es la vez primera que llegan á mí quejas de usted en este sentido. Pero esta será la última, yo se lo aseguro.

En seguida, volviéndose al general prosiguió:

—Se trata de una pobre muchacha detenida por haberse encontrado en su domicilio unas proclamas. Pero no está probado que tenga participación en el hecho, y procedía á interrogarla cuando usted llegó. Aprovechando mi ausencia, este don Francisco, que no distingue de personas, se habrá tomado algunas libertades. Yo le arreglaré.

El general, que tenía el ceño fruncido, y que miraba á Pura acongojada y trémula, dijo con altivez:

—Usted castigará á ese miserable. Yo tomo á esta niña bajo mi protección.

—No hace falta. Desde este momento queda en libertad.